

Nostalgia y presente:

Música y poesía, hermanas gemelas:
Silvio Rodríguez y Mario Benedetti

Mario Benedetti

El poeta uruguayo se refiere con cálidas palabras al cantautor cubano y evoca el lejano día (hace ya más de 40 años) en el que se conocieron en La Habana.

Por muchas razones, y hasta sinrazones, Silvio Rodríguez es un cantante fuera de serie. Cofundador, con Pablo Milanés, Noel Nicola, Vicente Feliú, Eduardo Ramos, Sergio Vitier (y aunque nadie sabe quién lo bautizó así) de la Nueva Trova, ha aportado su indudable prestigio a un movimiento que revitalizó la canción cubana y la catapultó en el plano internacional. No obstante, aún dentro de un núcleo tan fermental, con el que siempre se sintió plenamente identificado, Silvio es un talento inconfundible.

Curiosamente, su voz no es cálida ni particularmente seductora, sino más bien aguda, de un timbre casi metálico y sin embargo frágil. Al escucharlo, uno llega a temer que en cualquier momento se le quiebre, y ese riesgo (que en su caso no es deliberadamente buscado sino más bien lo asume como algo irremediable) también forma parte de su extraño atractivo. Con características que en cualquier otro cantante serían anticarismáticas, Silvio funda precisamente su carisma. Quizá el secreto resida en que siempre transmite una gran sinceridad, una honestidad a toda prueba, un no aparentar lo que no es, y, en estos tiempos de famas prefabricadas, de engendros de la machacona y mistificadora publicidad, esa actitud, a la que el público accede sin intermediarios, significa una bocanada de aire fresco en un ámbito, como el del espectáculo, por lo común tan especulativo como artificial.

Salvo en casos excepcionales, Silvio es autor de la letra y la música de sus canciones. Como en los ejemplos de Pablo Milanés, Chico Buarque, Viglietti, Serrat, Aute y no muchos más, esa doble autoría otorga a sus producciones una unidad esencial. Sean o no el resultado de un desarrollo paralelo, letra y música aparecen como gemelas (jimagas, diría en Cuba), copartícipes en el acto de la parición. Fundamentalmente, las letras de Silvio, sobre todo las que crea a partir de una duramente adquirida madurez, tienen un nivel textual tan afortunado que (algo no demasiado frecuente en los cantores populares) conservan su validez política aun sin el básico soporte de la música. Alguna vez he sostenido, y su trayectoria posterior corrobora mi diagnóstico marginal, que Silvio es un poeta que canta, y más aun: que es uno de los

poetas más talentosos de su generación.

Siempre recordaré como conocí a Silvio y a Pablo en La Habana, allá por el año 1966. Era mi primera visita a Cuba. Unos amigos me habían invitado a cenar en su casa y me anunciaron que más tarde vendrían dos cantantes muy jóvenes, todavía casi desconocidos. Por fin llegaron con sus guitarras y cantaron cinco o seis canciones cada uno. Tuve la rara sensación de que asistía a un viraje importante de la canción cubana: por un lado estaba presente la tradición trovadoresca, y por el otro una propuesta asombrosamente innovadora, que transformaba, enriqueciéndolos, los ritmos heredados e insertaba en las letras un sentido tan comunicativo como el de la poesía conversacional, entonces en pleno desarrollo en América Latina. Varios años después, escuchándolos de nuevo en textos y música de más rigurosa factura, les pedí que cantaran aquellas letras primigenias que les había escuchado en el 66. Pero no las recordaban. Lo cierto es que en ese lapso habían creado tan frenéticamente nuevos cantos, que aquellos iniciales, tan importantes para mí, habían sido cubiertos por su propio olvido.

El mayor compromiso (palabra hoy tan subestimada por la dejadez postmodernista) de Silvio es con la vida, a la que no canta de lejos sino melida en ella hasta en los tuétanos. Participando en la campaña de alfabetización, embarcando hasta África en el barco pesquero Playa Girón, empuñando un fusil para defender su Revolución, arriesgando su vida en Angola, cantándole al amor desde el amor, aprendiendo a tratar de igual a igual a las mujeres de su vida, creciendo con sus hijos, la trayectoria de Silvio es el hilo conductor de su canto, y cuando los públicos, leales y fervientes, de cualquier de los tres mundos, lo aplauden con denuedo y naturalidad, no sólo están premiando su arte, también su coherencia, su fidelidad a la Revolución y a sí mismo, su capacidad de trabajo y su rigor, su calidad humana. Silvio nunca sorá un mito, no viaja con su pedestal a cuestas. Sus públicos lo aman y tal vez por eso lo tratan como a un querido y sencillo compañero, que ellos también quisieran cantar y decir tan entrañablemente como él.



Silvio Rodríguez

Palinfesto

Tócalo otra vez, Juanra



Nunca se concibió regalo más apropiado. Juan Ramón bullía interiormente de ansiedad, labulando con el provecfo que podía arrancarle a aquella máquina antipática aunque, externamente, se esforzara en no transmitir el menor entusiasmo. González-el verdaderamente eterno el poeta, que venía de Albuquerque, de una feria de poesía electrónica-había acertado de pleno con aquel obsequio de colega. -Verás, verás qué rosas te van a salir con este aparato. Es magnífico. Sus posibilidades son infinitas. Podrás hacer lo que quieras: apretar las tuercas a los epítopos una y otra vez, engrasar los adverbios ad nauseam, clonar rosas nunca antes conocidas, dejar la rima auténticamente a punto y hasta pintar de amarillo los poemas, si te peta. Acabáramos la ingeniería poética toda a tu alcance, tan simultánea como espépticamente, sin borrones ni cuentas viejas. Sin manchas de tinta, sin huellas delatoras de la más nimia imperfección anterior. Virginal y pura, como nacida de la primera espuma de mar. Así será toda tu poesía.

A duras penas podía J. R. contener su entusiasmo demürrico ante aquella panoplia magnífica y turbadora que el destino, transfigurado esta vez en musa miopé y masculina, ponía en sus manos pulcras de hipocondríaco.

Don Angel comprendió pronto el anhelo imperioso de soledad que iba corroyendo al moguereno y, casi acto seguido, decidió marcharse hasta la playa de Venica, California, donde carnes en rosa y pubis le esperaban, impacientes.

Entretanto, Juan Ramón, en poeta cenobítico, se había encerrado a solas con el artilugio y sometía a los signos a un vaivén de apariciones y desapariciones traumáticas por arte de un blirbirloque rítmico o incansable. Tacleaba, furioso, a lo Liszt, poseído por una manía perfeccionista de orden, cadencia y belleza. Y así fue dándole forma.

Tras cuatro días de cenobio azenobiado, por fin lo había conseguido. Sí, allí estaba. En la pantalla del ordenador se destacaban los firmes trazos del poema más hermoso jamás concebido. Un poema cuya perfección casi alcanzaba a herir sus ojos. Deslumbrado, J. R. se levantó, se alejó unos pasos y lo contempló desde la distancia, con orgullo y satisfacción al principio, luego. Luego le sobrevinieron la duda primero y la inquietud y el temor después. ¿Qué demonios iba a hacer ya un poeta con sus aspiraciones colmadas por una composición cabalística, única y eterna como aquella? ¡No! No sería el fin.

Nunca soltó prenda sobre aquel episodio. Quizás lo hiciera por temor o bien por desdén, pero lo cierto es que redujo la máquina a una masa informe de restos que chisporroteaban moribundos. Al rato, en unas exoquias tan solemnes como afectadas, recogió en una caja aquellos despojos culpables e inorgánicos, se asomó ceremonioso al brocal y los arrojó al pozo blanco.

Me lo contaron los pájaros que se habían quedado cantando. Se lo juro.

Carlos M. Gutiérrez (Ameyugo, Burgos, 1955). Profesor de lengua y filología. Ha publicado entre otros: Dejémoslo de cuentas y El recurso al método.

